BREVE PRACTICA

DEL

MES DE MAYO

CONSAGRADO

A LA MADRE DE DIOS

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

Director de la Revista Popular

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

TERCERA EDICIÓN

BARCELONA

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

1899

ÍNDICE.

	Págs.
Acto de contrición..	3
Oración á María Santísima. . . .	5
Oración de San Bernardo.	7
Ofrecimiento del día.	8
Meditaciones para los diferentes días del mes:	
I.—María en su Concepción.—Estima de la divina gracia.	9
II.—María en su nacimiento.—Buen uso de la vida para la santificación.	11
III.—María en su infancia.—Compensación por los años perdidos. . .	14
IV.—María en su Presentación.—Don de sí mismo á Dios.	16
V.—María en sus desposorios.—Perfección en el respectivo estado. .	18
VI.—María en la Anunciación.—Docilidad á las inspiraciones divinas.	21
VII.—María en la Visitación.—Caridad con los prójimos.	23
VIII.—María en su expectación.—Presencia continua de Dios.. . .	25

IX.—María en su viaje á Belén.—Resignación y sacrificio. 28
X.—María en el Nacimiento de Jesús.—Espíritu de pobreza. 30
XI. María en su Purificación.—Celo del buen ejemplo.. 33
XII.—María en su huida á Egipto.—Total desprendimiento. 35
XIII.—María en su vida de destierro.—Vida de peregrino en el mundo. 38
XIV.—María en Nazareth.—Amor á la vida oscura.. 40
XV.—María en el primer milagro de Jesús.—Importunidad de la oración. 43
XVI.—María en la vida pública de Jesús.—Para Dios toda la gloria. . 46
XVII.—María en la calle de Amargura.—Amor á la Cruz. 48
XVIII.—María en el Calvario.—Valor y constancia. 51
XIX.—María junto al sepulcro.—Única confianza en Dios. 54
XX.—María esperando la resurrección.—Confianza en las divinas promesas. 57
XXI.—María en el primer abrazo de

su Hijo resucitado.—Preludios del gozo del cielo. 60
XXII.—María en la Ascensión del Señor.—Anhelos del cielo. . . . 63
XXIII.—María esperando la venida del Espíritu Santo.—Celo por la perfección del prójimo.. 65
XXIV.—María en el día de Pentecostés.—Alegría por los bienes ajenos. 68
XXV.—María en la naciente Iglesia.—Ayudar á los principiantes en la virtud.. 71
XXVI.—María en las primeras persecuciones.—No temer la persecución. 74
XXVII.—María en su ancianidad.—Preparación para la muerte. . . 76
XXVIII.—María ea su Tránsito glorioso.—Perfecta unión con Dios. . 79
XXIX.—María en su Resurrección.—Nuestra carne glorificada. . . . 82
XXX.—María en su Asunción á los cielos.—La dichosa eternidad. . . 84
XXXI.—María en su trono de gloria.—Intercesión poderosa. 87
Flores espirituales para cada día del mes.. 90

Este *Mes* forma parte del *Año Sacro* ó colección de lecturas y ejercicios para las principales fiestas del calendario cristiano, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., y se vende en esta *Librería y Tipografía Católica*, al precio de 4 ptas. en rústica, 6 encuadernado en percalina, y 7'50 con corte dorado.

En dicho *Año Sacro* se incluyen además los siguientes opúsculos, que también se expenden separados:

Devoto ejercicio de desagravios para los tres días de Carnaval.	0'06 pts.
Octavario á Cristo resucitado. .	0'13 »
Breve ejercicio para honrar cada día del mes de Marzo al Patriarca San José.	0'30 »
El mismo, en tela.	0'60 »
Mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.. . . .	0'38 »
El mismo, en tela.	0'75 »
Edición de lujo, en rústica. . .	0'75 »
La misma, encuadernada con planchas y corte dorado. . .	1'75 »
Devoto Novenario á la Reina de los cielos en el misterio de su Asunción..	0'13 pts.
Piadosa Novena para pedir á Dios la salud de un enfermo por la intercesión de la Virgen Santísima.	0'25 »

Devoto Octavario al dulce Niño de Belén en el Santísimo Sacramento.. . . . . 0'13 pts.

Novena á la Inmaculada Virgen María, patrona de España, para uso especial de los jóvenes de las Congregaciones, Academias, Círculos, Centros y demás Asociaciones propagandistas de esta nación. . 0'15 »

Novena (Breve) en honor de San Antonio de Padua, que es muy eficaz para obtener por intercesión del Santo gracias especiales tanto espirituales como temporales. . . . . 0'05 »

Rosas de Otoño, ó piadoso Mes de Octubre dedicado á honrar á la Reina del Santísimo Rosario, según las repetidas instrucciones de Nuestro Santísimo Padre León XIII al pueblo fiel, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.. . . . . .

Por cada diez ejemplares que se tomen de estas obras se dan dos gratis en rústica y una si son encuadernadas.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

BREVE PRÁCTICA

DEL

MES DE MAYO

CONSAGRADO

A LA MADRE DE DIOS

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

Director de la Revista Popular

SEGUNDA EDICIÓN

BARCELONA

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.

1899

Es propiedad.

VICARIATO CAPITULAR
DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA.

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el librito titulado: *Breve práctica del Mes de Mayo consagrado á la Madre de Dios,* por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro., mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del librito, y entréguense dos ejemplares de éste, rubricados por el Censor, en la Secretaria de Cámara y Gobierno de este obispado.

Barcelona, 19 de Agosto de 1899.

El Provicario Capitular,
VALENTÍN BASART.

Por mandado de Su Señoría,
DR. JAIME BRUGUERAS, *Pbro., Scrio.*

BREVE PRÁCTICA DEL MES DE MAYO

CONSAGRADO

A LA MADRE DE DIOS.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Por la señal, etc.

A vuestra soberana Madre vengo á honrar, Señor mío Jesucristo, y al querer debidamente hacerlo, me avergüenza ante todo el estado de mi pobre alma, tan llena de ofensas á Vos. Os he faltado, Señor, mil veces, y agraviándoos á Vos, he agraviado

juntamente á vuestra dulcísima Madre y mía. ¿Cómo he de poder, pues, presentarme en su presencia sin que le provoque á asco y enojo mi indignidad?

Vos, Señor mío, que tan misericordioso sois y que desde las entrañas de vuestra dulce Madre habéis traído al mundo tesoros de bondad y de compasión, tenedla de ese pobrecito pecador, y perdonadle una vez más sus negras ingratitudes. ¡Pésame, Señor, en lo más vivo de mi alma haber herido con ellas vuestro amante Corazón! ¡Pésame, Padre mío, y no quiero ofenderos con ellas ya más! Ayudadme con vuestra gracia para perseverar en este mi arrepentimiento y firme propósito hasta el fin de mi vida. Amén.

ORACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA.

Vuestro permiso imploro, Madre y Señora mía, para acercarme, á pesar de mi indignidad, á vuestro altar sagrado. A él vengo, celestial Maestra, para que me instruyáis; á él corro, bondadosa Madre, para que me consoléis; á él me refugio, Abogada poderosísima, para que me protejáis. Todo lo sois, Señora, para el pueblo cristiano y para este infeliz pecador, luz, consuelo, amparo, fuerza, esperanza y segura protección. Enseñadme con el ejemplo de vuestra vida, especialmente con el paso de ella que me propongo hoy meditar; fortalecedme con la divina gracia que benévolamente me alcanzaréis de vuestro Hijo Jesús; consoladme y acariciadme con las infinitas dulzuras

de vuestro culto y amor, singularmente en este vuestro devoto Mes. Amén.

¡Madre y Señora mía! De vuestro Soberano Hijo y Señor mío otorgadme en estos momentos el especial beneficio de hacer con fruto para mi alma estos breves puntos de meditación.

MEDITACIÓN.

La que se pondrá sucesivamente para cada día.

DESPUÉS DE LA MEDITACIÓN.

Ahora saludaremos fervorosamente el Nombre suavísimo de nuestra Divina Madre con las siguientes jaculatorias y *Ave Marías:*

Madre mía amantísima, en todos los instantes de mi vida acordaos de mí, pobre pecador. *Ave María.*

Arca de Dios y Tesorera del cielo, concededme abundantes gracias para detestar y llorar mis pecados. *Ave María.*

Reina de cielos y tierra, sedme amparo y defensa en las tentaciones de mis enemigos. *Ave María.*

Inmaculada Madre de mi Dios y Señor, alcanzadme lo que os pido para mi salvación. *Ave María.*

Abogada mía y refugio mío, amparadme en el trance espantoso de la muerte y abridme las puertas del cielo. *Ave María* y *Gloria.*

ORACIÓN DE SAN BERNARDO.

(Memorare).

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que alguno de los que acudieron á vues-

tra mediación é imploraron vuestro auxilio fuese desamparado de Vos. Alentado con esta seguridad, á Vos acudo, Virgen Reina de las vírgenes, y aunque agobiado bajo el peso de mis culpas, atrévome á parecer ante vuestra presencia. No despreciéis mis ruegos, antes dignaos atenderlos y favorablemente despacharlos. Amén.

OFRECIMIENTO DEL DÍA.

Cuanto piense, cuanto hable, cuanto obre y cuanto quiera en este día de vuestro sagrado Mes, os lo ofrezco, purísima Reina de los cielos, como florido homenaje de amor consagrado á vuestra devoción. Sean por Vos todas y cada una de mis respiraciones. Sean por Vos todos y cada uno de los latidos de mi corazón, sean por

Vos los deseos más íntimos de mi alma. Os dedico muy especialmente el obsequio ó flor espiritual de hoy, y deseo lo recibáis como nueva prenda de mi fidelidad á vuestro amor. Y haced, Señora, qne según Vos viva, y en Vos muera, y con Vos reine felizmente por toda la eternidad. Amén.

Aquí se leerá la *Flor espiritual* correspondiente al día, sacándola por suerte entre el catálogo que se hallará continuado al fin.

Meditaciones para los diferentes días del mes.

I.

María en su Concepción.—Estima de la divina gracia.

María por singularísimo privilegio, debido en cierta manera á su alta dignidad de Madre de Dios, fué

concebida en el seno de su madre Santa Ana sin la mancha del original pecado, que del primer padre Adán contraemos todos sus descendientes.

Saca de ahí, alma mía, cuál debe ser la estima en que debes tener la gracia de Dios, pues queriendo el Señor honrar de un modo extraordinario á la que escogió por Madre, no encontró otro más precioso que adornarla desde el primer instante con ese de su divina gracia. También por el Bautismo se te ha dado á ti, ya que no en tu concepción al menos en tu regeneración por medio de este Sacramento. ¿Cómo guardaste tan valiosa joya? ¿En qué aprecio la tuviste? O al revés. ¿A cuántos riesgos no la traes voluntariamente expuesta? ¿Por qué viles placeres del mundo no la has cien veces trocado?

¿Qué has hecho, infeliz, de esta primera vestidura con que al adoptarte por suyo te engalanó el Señor? ¿Qué cuenta darás de ella en su riguroso tribunal?

Reflexiónalo muy detenidamente, y pide á tu buena Madre la Inmaculada María te alcance del Señor estima y aprecio de ese don sobrenatural de la divina gracia. Llora la desdicha de haberlo tantas veces perdido, y procura no perderlo ya más, ó recobrarlo al punto por medio de una buena confesión.

II.

María en su Nacimiento.—Buen uso de la vida para la santificación.

Nació María, y con su Nacimiento se regocijaron cielos y tierra, y muy especialmente se llenó de júbilo la

ancianidad de sus buenos padres Ana y Joaquín. Esta Niña celestial, nacida para tan altos destinos, empieza con su vida á poner en práctica los medios que para llegar á ellos le proporciona la Divina Bondad.

También has nacido tú para el glorioso fin de ser un día heredero del cielo y partícipe de la gloria de María. Ni se ha contentado el Señor con llamarte á esa herencia; medios mil te ha dado con que desde tus primeros años pudieses empezar á granjeártela. Vida, salud, fuerzas, padres cristianos, educación católica, sanos ejemplos, Misa y Sacramentos, interiores inspiraciones, ¿cuántos recursos no ha puesto el cielo á tu disposición para guiar tus pasos y conducirte á buen puerto? Todo un capital te ha dado en préstamo para que negociases con él y labrases así tu

eterna fortuna. ¿Qué has hecho de estos recursos, negociante infeliz? ¿En qué has empleado estas sumas de años y de meses, mal aconsejado administrador? Acaso en proporcionarte vanidades, fruslerías, juguetes de niño, indignos de tu elevada condición de hijo de Dios, cuando no en hacerle guerra impía á El mismo con horrendos pecados y monstruosas rebeldías? Con este capital de la vida con que debías adquirirte la gloria del cielo te has fatigado amontonando únicamente lodo de la tierra, y enlodando con él tu alma, tu pobre alma, que tan rica de bienes del cielo podías presentar á Dios.

Piénsalo bien, y ofrece á tu Madre, por los méritos de su Nacimiento, acertado uso de los años que de vida te conceda el Señor para en adelante, empleándote sólo en su divino servicio.

III.

María en su infancia.—Compensación por los años perdidos.

Crecía la tierna Hija de Ana y Joaquín, y es de suponer que, como se dijo más tarde del Divino Jesús, adelantaba cada día en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres. Veíala el Eterno y se complacía en esa delicada Flor, de la que esperaba muy en breve tan suaves como sazonados frutos.

¿En qué has empleado, alma mía, los años de tu niñez y juventud? ¿Para quién fueron aquellas primicias de la vida, aquella lozana flor de ella, aquella su deliciosa primavera? ¿No es cierto que tal vez las ofreciste al enemigo de tu alma y de tu Dios por la disipación, por la liviandad, ó si-

quiera por la ociosidad y descuido en el divino servicio? Grave obligación te nace de ahí. Los años perdidos para Dios debes en adelante compensarlos con más extraordinario fervor y con abundantes obras de supererogación. No te limites á lo prescrito y mandado, pues tienes pendientes con Su Divina Majestad tales deudas y atrasos. Podrías en cierta manera regatearle al Señor tus obras voluntarias, cuando durante toda tu vida hubieses sido para con El fiel y exacto pagador. Has de obrar ahora sin pararte en tasas y medidas, ya que largos tiempos de tu vida y los más preciosos se los has vilmente defraudado. Nuevo estímulo del fervor y de la devoción debe serte este recuerdo de los años robados al servicio de tu Señor. Aprovecha la vida que hoy se te da para tomar el

desquite y saldar cuentas con el Divino Juez.

Medita seriamente estas tremendas verdades, y ponte luego á los piés de María, pidiéndole decisión para trabajar en adelante con más ahinco en la obra de tu salvación.

IV.

María en su Presentación.—Don de sí mismo á Dios.

En edad muy tierna María es presentada por sus Padres al templo, para servir en él más directamente al Señor y llevar allí vida recogida y silenciosa. María hace de sí propia este ofrecimiento, y ya no se considera suya, sino toda entera de Su Divina Majestad.

He aquí, alma cristiana, la base de toda santificación y vida espiritual.

¿Quién te ha criado? Dios. ¿Quién te redimió? Dios. ¿Quién te conserva? Dios. De Dios eres, pues, por título de creación, de redención y de conservación. De Dios eres con todas tus cosas, con tus potencias y sentidos, con tu salud y fuerzas, con tu alma y corazón. Nada de lo que posees es tuyo. Todo y tú misma eres pertenencia de Dios, como el esclavo es de su dueño, como el mueble es de quien lo compró ó lo labró para su uso. ¿Parecerá, pues, gran cosa que hagas de ti misma ofrecimiento á Dios, cuando en realidad no le das con eso sino lo que ya le pertenece? Lo que sí has de considerar, es que si tal ofrecimiento no haces, ó si no lo haces con toda lealtad y sin reserva alguna, ó si no lo cumples después de prometido, robas en este caso á tu Dios y Señor, robas al Divino Dueño

lo que es suyo con el descaro del más infame ladrón. No puedes, pues, atribuirte ni para tu gloria, ni para tu regalo, lo que tienes, y sí sólo para la gloria y servicio de Dios, so pena de cometer contra El alevosa traición y hurto sacrílego.

Eso considerarás, y luego suplicarás á María Santísima te alcance la gracia de imitarla en la generosa entrega que de sí propia hizo á Dios en el misterio de su Presentación.

V.

María en sus Desposorios.—Perfección en el respectivo estado.

Del retiro del templo salió María por divina disposición y consejo, para desposarse en virginal consorcio con un varón justo de su tribu, el patriarca San José. La santa quietud

del santuario trocóla desde entonces María por el taller de su Esposo el buen carpintero, y el pueblo la vió fiel y perfecta en esta su nueva vocación.

A diversos estados llama el Señor á las almas: unas al recogimiento de la vida solitaria, otras al matrimonio y al ruido de las ocupaciones mundanas. Mas en todas quiere el Sumo Dueño ser servido con igual perfecta fidelidad. Entre los quehaceres domésticos y el cuidado de los tuyos quiere Dios reinar en tu corazón, como en la soledad del claustro y en las obras de piedad y beneficencia. Son diversos caminos, pero no opuestos, con que se llega á un mismo fin, como se siga en cada uno de ellos la inspiración divina que á cada alma tiene señalado el suyo. Sobre lo cual examinarás fielmente tu conciencia

para ver si en las peculiares obligaciones á que te ha llamado Dios, le has servido como en tal estado quiere El ser servido de ti. Si eres hombre de negocios, no envidies al monje su quietud. Sirve á Dios con tus negocios, que ése es el lugar en que quiere El te ganes tú el jornal de la eternidad. Si eres Religioso, no vivas como el seglar. Lo que á éste basta para su salvación, no te bastaría á ti para librarte de la eterna ruina. A todos nos quiere Dios para un mismo cielo, pero á cada uno quiérele allí por el camino que El se ha dignado señalar.

Fijarás en esto toda tu atención, para ser como María en la casa de su casto esposo José, modelo fiel de tus obligaciones en el estado particular en que el Señor te ha colocado.

María en la Annnciación.—Docilidad á las inspiraciones divinas.

A poco de hallarse María desposada castísimamente con José, sorpréndele un día un nuncio celestial. Gabriel arcángel le trae embajada de Dios, notificándole que va á ser Madre del Verbo, y aguardando tan sólo para la realización de este misterio el consentimiento de la humildísima Doncella. Otorgólo María con estas palabras: *He aquí la esclava del Señor;* y el Verbo Divino hízose Hombre en sus virginales entrañas.

Muy á menudo recibes, alma mía, embajadas del cielo, si no tan gloriosas, no menos dignas de atención; si no por intermedio de Arcángeles, por inspiración divina y por conducto

tal vez del Angel de tu guarda. Voz de Dios es aquel secreto movimiento que en tu alma sientes á dejar aquella amistad vana, ó á practicar aquel sacrificio, ó á cultivar aquella virtud, ó á practicar aquella obra buena. ¿Por qué te haces voluntariamente sorda al divino llamamiento? ¿Por qué en vez de oponer culpables resistencias, no contestas como Saulo: «Señor, ¿qué queréis que haga?» ó no dices resueltamente como María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra?» ¿No dices cada día en la oración dominical: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?» ¿Por qué no cumplen, pues, tus obras lo que tantas veces afirma tu labio? ¿Sabes á qué te expones cerrando la puerta al Señor que llama con recias aldabadas á ella, ó por lo menos no abrién-

dosela más que á medias, ó tardando en abrírsela por culpable negligencia? Te pones en riesgo de que se aleje el Señor de ti y no vuelva á repetir la llamada.

Haz reflexión en esto, y desde hoy imita la conducta dócil y sumisa de María en este misterio de su Anunciación.

VII.

María en la Visitación. — Caridad con los prójimos.

Elevada María á la dignidad de Madre de Dios que sentía ya en sus entrañas, hizo largo viaje para visitar á su prima Santa Isabel que sabía hallarse en análogo estado, próxima á serlo del gran Bautista. Entró, saludóla, pasó con ella tres meses, intervino en el nacimiento del glo-

rioso Precursor, é hizo con Isabel los oficios de buena y solícita servidora. ¡Ella, la Madre de Dios!

La vida espiritual y el trato con Dios y la perfección más elevada en su divino servicio, no han de alejarte, alma cristiana, de los servicios al prójimo, conforme se los puedas prestar según tu estado ó condición. Las obras de caridad corporales y espirituales deben ser el fruto exterior de tu amor á Dios, ya que su divina ley se encierra en dos mandamientos, quererle á El más que á todas las cosas, y al prójimo como á ti mismo por amor de El. Serás diligente, pues, en visitar enfermos, consolar afligidos, socorrer necesitados, corregir á los que yerren, rogar por vivos y difuntos, y dar á todos luz de honrado y cristiano ejemplo. A cada uno pedirá Dios cuenta de algún prójimo

suyo, y nadie está tan aislado en este mundo que pueda individualmente labrarse, con abstracción de toda otra alma, la santificación y salvación de la propia. Hermanos somos todos de una misma familia, anillos de una misma cadena, piezas ó resortes de un mecanismo. No cuentes, pues, agradar á Dios si en algo no le sirves en la persona de tu hermano.

Medita bien estas verdades, y luego aliéntate á practicarlas con el ejemplo de María hacendosa, humilde, servidora en la casa de Isabel.

VIII.

María en su Expectación.—Presencia continua de Dios.

Cierta de la verdad de las divinas promesas que le habían sido anunciadas por el Angel y ratificadas por

Isabel, aguardaba con amoroso anhelo la dulcísima Virgen el plazo de su cumplimiento y la hora felicísima de ver en sus brazos al recién nacido Jesús. Mas entre tanto adorábale día y noche oculto y encerrado en su virginal seno como en un sagrario, y no se apartaba un instante de su espiritual trato y conversación.

Iguales afectos de ternura para con tu Dios debes sentir, alma cristiana, esforzándote en fomentarlos por medio del ejercicio de su divina presencia. En todas partes te asiste y vela por ti y sobre tus más recónditos pensamientos su infinita grandeza; mas de un modo particular debes sentirlo á todas horas en tu propio corazón. Y hasta que en inmortal abrazo puedas gozar de su perfecta posesión en el cielo, consuélete y

aliéntete y hágate cauta y recelosa, oh alma mía, la idea de que está siempre tu Dios cerca de ti y junto á ti y dentro de ti. Severo fiscal de tus más íntimas operaciones, cuyo ojo escrutador debe tenerte siempre en vigilancia para no consentir en alguna que sea contra su santa ley. Testigo perenne de tus combates, manténgate fuerte y constante la idea de que los ve tu Dios que ha de coronarlos. En las horas de desolación y tristeza, endúlcelas la seguridad de que no te abandona su amorosa compañía.

Recógete en ti misma, oh alma, para pesar esas graves consideraciones, y á tenor de ellas alzar en el fondo de tu alma altar de continuo culto á tu buen Dios siempre allí presente.

IX.

María en su viaje á Belén.—Resignación y sacrificio.

Un edicto del emperador gentil llama á todos los hebreos al pueblo ó ciudad de su origen, y para obedecerle emprenden María y José en tan críticos días el viaje á Belén. El camino es largo, cruda la estación, el estado de la Virgen delicadísimo, los recursos escasos. Y no obstante, va María alegre y serena, porque sabe que cumple con eso un designio de Dios.

Sea cualquiera la prueba á que te someta la Divina Majestad, y sea cual fuere el medio humano por el que te la envíe, acéptala sin murmurar, con ánimo pronto y resuelto, con espíritu dispuesto á todo, hasta á los más cru-

dos sacrificios. Donde veas clara la voluntad de tu Señor, acátala sin vacilación; ya te la comunique por medio de amigos ó de enemigos; ya con el carácter de arbitrariedad ó persecución, ya con el de justa y racional medida. ¿Quién tiene más derecho á disponer de ti y de tus cosas que el Dueño y Soberano de ti y de todas ellas? ¿Y será lícito, y sobre todo, será respetuoso en un siervo fiel pedirle cuenta á su legítimo Señor de cuáles sean los motivos porque me mande de esta ó de la otra manera ó porque me dé á conocer su voluntad por este ó por el otro conducto? ¿Qué importancia deben tener á mis ojos los hombres buenos ó malos que me vejen ó mortifiquen, si en definitiva no he de ver en ellos más que instrumentos (por expreso decreto ó por simple permisión) de la Divina Providencia?

Esto iría pensando la celestial Doncella durante su penoso viaje á Belén, para obedecer á un capricho tiránico del gobernante: y eso debo pensar y reflexionar cada día durante el viaje de mi vida para mantener tranquilo mi corazón y razonado á la voluntad de mi Dios y Señor.

X.

María en el Nacimiento de Jesús.— Espíritu de pobreza.

Llegan á Belén los fatigados Esposos y buscan hospedaje entre aquellos vecinos. Ninguno abre sus puertas á los pobres forasteros, y ya al caer de la tarde salen de la ciudad ingrata y recógense en una cueva junto á sus viejas murallas. Allí, entre dos bestias, nace en mitad de la fría noche y bajo destechado establo el Unigé-

nito de Dios. Unos pobres pastores, llamados por un Angel, acuden á adorarle. Coros celestiales cantan su gloria sobre el ruinoso portal.

No te alarme, alma mía, la pobreza, ni te desconsuele el desamparo, ni te aflija el menosprecio de tus propios amigos y parentela. En estas condiciones quiso Dios se hallase su amantísima Madre en el momento más solemne de su vida, y en ellas quiso El nacer. Esta fué su corte y su palacio y su triunfal entrada en el mundo que venía á hollar con sus piés. Si te favoreció Dios con riquezas, no permitas se fije tu corazón en ellas, no les vendas tu pobre alma á costa tal vez del amor á tu Dios. Sé pobre, alma cristiana, aun entre el fausto y la opulencia, viviendo mortificada en medio de ellos, sin querer apurar la copa de sus dulzuras; gozándote an-

tes en que por tu generosidad las saboreen los pobres, en quienes debes ver vivas imágenes de tu buen Jesús. Mas si eres realmente pobre, ama, alma mía, esta real pobreza como el título más honroso de semejanza que te da derecho á llamarte hermano y familiar del pobrecito Niño de Belén. Y si eres como El fino amador de la santa pobreza, sobre tu ruin techo cantarán los Angeles del cielo cantares de paz, y te anticiparán los dulces y suaves regocijos del paraíso.

¡Niño pobrecito! ¡Bendito José! ¡Santa Virgen María! ¡Familia de pobres, que el mundo despreció y redujo á la vileza de un establo y á la compañía de unos brutos animales! ¡Os ama mi corazón y os quiere seguir, enamorado de vuestra pobreza, más gloriosa que el esplendor de los reyes!

XI.

María en su Purificación.—Celo del buen ejemplo.

La Virgen Madre, más pura que el sol, sale de su casita y va al templo cuarenta días después de su alumbramiento para ofrecer su Hijo allí y purificarse como las demás mujeres.

Exenta de esta ley por el carácter divino de su maternidad castísima, quiere no obstante sujetarse á ella, para dar en todo, ejemplo de perfecta observancia legal.

Nada hay tan eficaz como el buen ejemplo, y es esta una arma de celo cristiano que toda alma fiel puede y debe emplear para gloria de Dios y provecho de sus hermanos. No se te pedirá tal vez cuenta, alma cristiana, de si has escrito sabios libros, ó pro-

nunciado elocuentes discursos, ó acaudillado grandiosas empresas. Todo esto puede ser quizá muy ajeno á tu especial vocación. Mas se te pedirá estrechísima sobre si has dado ó no á los tuyos y al mundo la luz del buen ejemplo que con tus palabras y acciones les debías dar. Seas hombre, seas mujer, seas rico, seas pobre, seas rudo, seas sabio, tu voz y tu obra tienen alguna influencia, poca ó mucha, al rededor de ti, y con esta influencia puedes ayudar á la causa de Dios y del bien, ó á la causa del demonio su enemigo. Apóstol de Dios eres, si en su ayuda trabajas; satélite del diablo, si te empleas en obras que él inspira. Tu familia, tu círculo de amistades ó negocios, la plaza y calle en que vives, el sitio de diversión ó pasatiempo á que concurres, esa es la arena de tu apostola-

do, ese el terreno en que siembras sin cesar ó para el bien ó para el mal. ¿Qué uso has hecho hasta hoy, oh cristiano, de esa arma poderosísima del buen ejemplo?

Gran cuidado debe darte para el día del juicio esta reflexión, y te pido la consideres y revuelvas en tu interior siquiera unos breves minutos cada noche. Dite á ti mismo: en este día que acaba de transcurrir ¿he favorecido con mis obras y palabras la causa de Dios ó la causa de su enemigo?

XII.

María en su huida á Egipto.—Total desprendimiento.

Pocos días después del Nacimiento del Salvador, poderosos enemigos maquinan su muerte. Un Angel del

cielo avisa á José, y María con su Esposo y el Niño se ven obligados á huir á Egipto, país extranjero, idólatra y enemigo de su nación. María emprende sin vacilar este viaje, y abandona, confiada en la Providencia, su país natal.

Tales sacrificios exige alguna vez el servicio de Dios á las almas cuya fidelidad desea Él tener bien probada. A Abrahán, al llamarle á ser padre de su pueblo, empezó por mandarle el Señor que dejase su tierra, padres y parientes. Y en el Evangelio se nos dice repetidas veces que es forzoso en casos dados dejar padre, madre, esposa y hermanos, y hasta la propia vida para seguir á Cristo. Lo cual no significa sino la sublime virtud del total desprendimiento, que es la fundamental de toda vida de perfección. ¿Cómo quieres de otro modo

volar libre, alma mía, por los espacios iluminados y anchurosos del cielo, si tienes trabadas tus alas con lazos de la tierra, que son las desordenadas aficiones de que se trata aquí? El desprendimiento espiritual, en el grado mayor ó menor que sea necesario para el cumplimiento de los designios de Dios sobre tu alma, debe ser constante trabajo de tu vida, si deseas traerla por los elevados senderos de la santidad. Sal de tu patria, sal de los tuyos, sal de ti misma, si quieres encontrar á Dios. Corazón que han de llenar pensamientos y afectos del cielo, ha de vaciarse antes de todo pensamiento y afición terrena que allí pueda estorbar.

Despegadme, Dios mío, desterradme, desprendedme, descarnadme de cuanto no seáis Vos ó no se encamine directa y exclusivamente á Vos.

XIII.

María en su vida de destierro.—Vida de peregrino en el mundo.

Algunos años vivió la Sagrada Familia en Egipto, desconocida allí é ignorada, sufriendo todas las tristezas de la emigración y tal vez la pesadumbre de la miseria. Un día les llamó otra vez el Angel del Señor y les dió orden de volver á su país, por haber muerto ya los que allí aborrecían al Niño.

Egipto debe ser este mundo para ti, alma cristiana; y no como en tu propia patria, sino como en país extranjero has de morar en él. País extraño, país enemigo de tu Dios, país en que no puedes echar profundas raíces, país en que no se te concede vivir más que como ave de paso, tal

es esta tierra de tu peregrinación. Yerras lastimosamente si te juzgas para él criada. No, tu patria no es ésta; tu patria es el cielo, de donde procedes y á donde has de volver. No tienes, pues, aquí habitación permanente; camino es, no posada: no fijes tu corazón donde sabes que no podrá hallar su definitivo asiento. Al cielo, al cielo han de mirar siempre tus ojos; al cielo han de dirigirse tus pasos; al cielo han de volar tus afectos; al cielo las aspiraciones todas de tu corazón. Vida del cielo has de vivir aun estando acá en la tierra, como en la patria y no en el país de su destierro tiene siempre sus ansias el desterrado infeliz. Seas avecilla ligera, ganosa siempre de espaciarte en las alturas, no grosero reptil pegado siempre el rostro á la cenagosa tierra. No ha criado Dios la tierra para

que la ames y sirvas, sino para que la huelles con tus piés.

Aprende, alma mía, de la Virgen desterrada estos anhelos de la patria inmortal. Vive en este mundo como si en él no vivieses; posee como si nada poseyeses en él; trabaja como si únicamente para el otro trabajases. ¡Acá no has venido á vivir: acá no has venido más que á morir!

XIV.

María en Nazareth.—Amor á la vida oscura.

De regreso de Egipto moró la Virgen Madre con su Esposo y el Niño Jesús en Nazareth. Nada dicen los Evangelios de este período de la vida de María Santísima, sí sólo que el Niño crecía y estaba obediente á Ella y á San José. No se vuelve á hablar

de María hasta la época del primer milagro de Jesús, cuando Éste tenía ya la edad de treinta años.

No sin misterio ha dejado el Espíritu Santo como en la sombra este largo plazo de la vida de Nuestra Señora. Fué sin duda para enseñarnos cuán preciosa es á los divinos ojos la oscuridad de la vida común é ignorada, cuando manifiestas razones de divina vocación no nos llaman á los deberes de la vida pública. No se gana menos para el cielo en el silencio y penumbra de las virtudes solitarias y caseras, que en el ruido y pompa de los actos heroicos y extraordinarios. Antes bien, la santidad ama generalmente esconderse como la violeta, y derramar solamente para gloria de Dios y para el buen ejemplo sus perfumes. Lo cual no contradice al otro deber que tenemos de

dar público testimonio de nuestra fe cuando llegue el caso de eso: enseña únicamente que hemos de huir el aplauso y nunca obrar por él; no exhibirnos nosotros mismos en la escena del mundo, sino esperar á que nos saque á ella Dios, si tal fuere su voluntad. Y en caso de no exigirlo de nosotros motivos de orden sobrenatural, apetecer siempre el humilde retiro, la condición llana y común, los caminos oscuros y poco frecuentados. El demonio hace presa muy particularmente en las almas que desean sobresalir vanamente entre la multitud y hacerse visibles. El más seguro riesgo que en eso puede darse es por lo menos el de que salgan hueras de todo mérito nuestras obras, y sólo llenas de amor propio y de vanidad personal.

Busca *ser desconocido,* ha dicho el

libro profundo de la *Imitación de Cristo*, y esto me enseña el ejemplo de María en su vida oscura é ignorada de Nazareth.

XV.

María en el primer milagro de Jesús.—Importunidad de la oración.

Llegábase entre tanto el tiempo señalado por Dios para que emprendiese su vida pública el Divino Maestro. Asistió Éste con su Madre y algunos discípulos á unas bodas, y en ellas llegó á faltar el vino. Conoció María el apurado trance de los desposados y dijo á Jesús: «No tienen vino,» y respondióle el Salvador: «¿Qué nos importa á Ti y á Mí, oh mujer? No ha llegado aún mi hora.» Mas ella, no desalentada por esa aparente negativa, dijo á los criados:

«Haced lo que Él os dijere.» Y Cristo, vencido por esa importunidad, hizo el milagro de convertir en vino el agua de unas tinajas que le presentaron.

Reparemos cómo Cristo escoge para hacer su primer milagro la ocasión de serle pedido por su dulcísima Madre, para acreditar cuánto la quería y honrarla con su intervención en este asunto. Mas quiere á la vez que se lo pida, y no se contenta con que se lo indique, sino que espera á que le fuerce á ello, haciéndole presentar por los criados las tinajas de agua, para mostrar con eso que los favores de Dios no se alcanzan sino por medio de la oración y de la importuna y constante oración. Si María hubiese cedido á la primera respuesta qué le dió el Salvador, es seguro no se hubiera obrado

el milagro. No se acobardó ni se dió por vencida; renovó la súplica en la forma más expresiva, cual fué la de mandar por su cuenta á los criados se pusiesen á disposición del Divino Maestro, y así recabó de El lo que solicitaba. Queremos á veces ser auxiliados sin pedir con insistencia y empeño; y quizá muchas veces sin empezar á pedir siquiera. ¿A quién acusaremos, pues, si nos encontramos desamparados en las mayores necesidades?

Propongamos hoy firmemente no dejar de las manos el arma poderosísima de la oración, pero tenaz, constante, incansable, importuna. Esta es la que rompe la peña y nos abre la fuente de las bendiciones del cielo.

XVI.

María en la vida pública de Jesús. —Para Dios toda la gloria.

Cristo emprendió entonces su predicación, y se iban las gentes tras El atraídas por su doctrina y asombrosos milagros. En una ocasión las turbas le aclamaron profeta, varón de Dios, y aun quisieron alzarle por rey. María se conservaba oculta en su soledad, y nada apetecía sobre sí de aquella gloria y fama que hubiera podido acarrearle el ser conocida como Madre de tal Hijo.

Así debemos ser nosotros indiferentes á toda gloria nuestra, atentos á procurar solamente la de Dios. Si algo de lo que nace de nosotros merece aplauso, téngalo enhorabuena, pero no se nos vea á nosotros acudir

ansiosos y sedientos á saborear su golosina. Den gloria á Dios nuestros trabajos y aprovechen á nuestros hermanos, pero mantengámonos nosotros personalmente oscurecidos, como si de nosotros no fuesen aquellas obras que están llamando la atención. Mejor fuera tal vez no haber tenido merecimiento alguno ante los hombres, si tales merecimientos no ha de considerarlos como gratos á su persona el Soberano Juez. María con sólo presentarse en compañía de su Hijo en aquel brillante teatro de sus prodigios hubiera arrebatado tras sí la general atención, y millares de lenguas hubieran repetido con entusiasmo en su loor aquella exclamación de una sencilla mujer al Divino Maestro: «Feliz el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron.» No obstante, ni una sola vez se la nombra

como personaje que interviniese en aquellas admirables escenas. En el Calvario se la encuentra, sí, cuando no hay palmas y laureles que compartir con su Hijo, sino injurias y vilipendios.

Espantarnos debe la consideración de cuán otra es la conducta nuestra la mayor parte de las veces. Háganos cautos y reservados, y celosos de la modestia y humildad, este ejemplo de la Madre de Dios.

XVII.

María en la calle de Amargura.— Amor á la cruz.

Y vinieron entre tanto los horribles días de la Pasión. El Hijo de María, pedida licencia á su Madre, se entregó como cordero en manos de sus feroces enemigos. Fué preso,

abofeteado, escupido, azotado, coronado de espinas, y condenado á muerte de cruz. Supo María la fatal sentencia, y fué á abrazar á su Hijo en el camino del Calvario, y siguióle luego hasta la hora de su crucifixión.

No debe bastarte, alma mía, el que Jesús haya padecido y muerto por ti. Debes hacerte tuya su cruz y hacerte encontradizo con ella y tomarla sobre tus hombros, y seguir así todos los pasos de tu Divino Redentor. María no se estuvo sosegada en su habitación cuando supo que llevaban á crucificar á su Hijo, ni se contentó con lamentarse en su soledad con estériles desconsuelos. Animosa y varonil buscó al Hijo de su alma entre aquel mar de sufrimientos en que andaba acongojado; no temió al pueblo seducido, ni á los fieros sayones, ni á la brutal soldadesca. Por el rastro

de la Divina Sangre no paró hasta encontrarse cara á cara con su dulce Jesús, y asociarse hasta el fin á su dolorosa tragedia. Suyas quiso fuesen las injurias que recibía, suyas las maldiciones con que era apostrofado, suyos los golpes y heridas que recibía El en su cuerpo y que María sentía redoblados en su corazón. ¡Ojalá, alma cristiana, que así te asociases tú á los padecimientos de Cristo por medio de la perfecta mortificación! De dos maneras puedes verificarlo. Primeramente, sufriendo con paciencia y buena voluntad lo que te afligiere y desconsolare, ya venga directamente á ti de mano de Dios, como las enfermedades, rigores de la estación, muertes de amigos, etc., ya te venga pasando antes por las de los hombres, como persecuciones, difamación, menoscabo de intereses, y

demás. En segundo lugar, buscando por ti misma la cruz por medio de las asperezas de la penitencia; privando á tu cuerpo de inútiles regalos; viviendo parcamente y sin fomentar la sensualidad; satisfaciendo con prudentes y proporcionados castigos lo que debes por tus desórdenes pasados y presentes á la justicia de Dios.

Resuélvete después de esto á vivir en adelante, á imitación de tu Madre y Señora, vida paciente y mortificada y crucificada.

XVIII.

María en el Calvario.—Valor y constancia.

Era este el espectáculo del Calvario. Cristo clavado en cruz. Los dos ladrones crucificados á par de El á

derecha é izquierda. Los fariseos y escribas delante, insultando los últimos momentos del Divino Moribundo. María y las demas piadosas mujeres y San Juan firmes al pie del cadalso.

Admira la constancia y firmeza más que humanas de esa animosa Mujer. Desde que buscó y encontró á Jesús en la calle de Amargura, fué siguiéndole paso tras paso, y no quiso ya separarse más de El. Vió su desnudez, oyó el martillar sobre los clavos de sus piés y manos, le miró alzado en alto sobre el sangriento madero, una á una recogió sus últimas palabras y encomiendas, mantuvo rostro sereno ante el horror de los elementos perturbados al espirar el Divino Salvador. Esta es la imagen de lo que debe ser toda alma fiel en los azarosos momentos en que lle-

ga á su alma la amargura de la tribulación. Asida á la cruz de Cristo, sabiendo que allí está su seguridad y su apoyo, no ha de temer borrascas, ni retroceder por invectivas, ni cejar, sean cuales fueren las amarguras que haya de devorar su despedazado corazón. No se vive en amor sino á costa de graves dolores, que son la prueba de sus quilates. Almas tibias y desmayadas, que vaciláis á la menor contradicción, y huís despavoridas del lugar del sacrificio, cuando os lo exige la honra de lo que amáis, ¿es verdad que amáis? ¿O es vuestro amor, amor de aire y de solas palabras, sin otra solidez ni consistencia? No amó así María, nuestra Madre y Madre de Dios.

Mírate en ese espejo, alma cristiana, y aprende en María la fuerza y firmeza incontestables del verdadero

amor á prueba de todo sufrimiento. Bebe como Ella tu cáliz de pasión hasta el fin, hasta lo más amargo de sus heces, si quieres reinar un día sin llanto ni pena alguna en el gozo de tu Señor.

XIX.

María junto al sepulcro.—Única confianza en Dios.

Dos piadosos varones bajan de la cruz el cadáver de Cristo, y después de haberle tenido en sus brazos la desconsolada Señora, danle honrosa sepultura y cierran luego la boca de ella con una piedra. María se ve privada hasta de ese último consuelo sensible, y sumida en la más dolorosa soledad.

La sufre también alguna vez el alma cristiana cuando place al Señor

probar su fidelidad en el divino servicio por medio de las tristezas del desamparo. Las consolaciones sensibles suele prodigarlas el Divino Esposo á la almas primerizas en la virtud, que necesitan la leche de tales dulzuras para que les sea más fácil el desapego de las mundanas satisfacciones, á que tal vez vivieron en su principio demasiadamente entregadas. Mas pasada esta como espiritual infancia, no es ya la leche de los consuelos el manjar de las almas adultas; es muchas veces el pan duro de la interior tribulación. Escóndese aparentemente el Señor á las miradas del alma su enamorada; deja de hacérsele oir su voz en el corazón; rodéala por todas partes noche tenebrosa; créese la infeliz realmente abandonada de su Dios y Señor. Los más grandes Santos han pasado por

la dolorosísima prueba de la interior desolación. Dios, bondadoso con ellas, aun en medio de su aparente desvío, no permite sucumban á la duda y á la desesperación, pero se vale de esta espada para acabar de cercenar del corazón que quiere para sí, todo resto de humano afecto, para asegurarle en la humildad y baja estima de sí propio. Como se afina el oro en el crisol y como se aquilata en el yunque el diamante, así las almas fieles, bajo la amargura del interior desconsuelo.

¡Alma mía! No desmayes aunque negras sombras de desolación te roben al parecer la presencia sensible de tu Señor. Separación verdadera de Dios sólo se hace por el pecado mortal, que es lo único que debes verdaderamente temer.

XX.

María esperando la Resurrección.— Confianza en las divinas promesas.

No era la fe de María flaca, asustadiza y desconfiada como la de los discípulos. Estos, medrosos y despavoridos, habíanse encerrado por temor de los judíos después de la muerte del Señor, y puédese muy bien colegir, del relato de los Evangelistas, que no tenían de la próxima Resurrección de su Maestro toda la seguridad que debían inspirarles las divinas promesas. María, animosa y varonil, nunca perdía esta seguridad, y con firme certeza esperó para el tercer día la Resurrección del Hijo de su amor.

Este debe ser el carácter de las al-

mas verdadera y sólidamente cristianas, así en las perturbaciones de su propio espíritu como en las persecuciones y catástrofes que amenazan y aun abruman frecuentemente en nuestros días á la Iglesia de Dios. Esperar contra todo motivo que pueda hacer vacilar su esperanza; tenerse firme y en pie á pesar de todas las opuestas corrientes, he aquí las muestras y distintivos del verdadero amor. «Aunque me mate, decía un antiguo Profeta, esperaré en El.»

Esta es la fórmula más exacta de la suma confianza en las divinas promesas, que no debe nunca ni por nada perder el buen cristiano.

¿Qué días pudieran presentarse más horribles y tenebrosos que los que precedieron á la resurrección del Señor? ¿No parecía evidente el triunfo de sus más encarnizados enemi-

gos? ¿No se hubiera podido juzgar enterrada con el Divino Jesús toda esperanza de triunfo para su doctrina? Sin embargo, el Salvador había dicho: «Después de tres días resucitaré.» Y María, segura de la promesa de su Hijo, templaba el infinito dolor de su alma con esa infalible certeza. Así, alma mía, se te ha dicho á ti y se ha dicho á la Iglesia Santa: Sufrid y esperad; después de corto plazo triunfaréis, y vuestra tristeza se convertirá en gozo, y este gozo vuestro ya nadie os lo podrá arrebatar.

¿Crees esto, alma mía? No serías cristiana si no lo creyeses, porque es palabra de tu Dios, cien veces repetida en las Santas Escrituras; ten, pues, confianza y seguridad conformes á esta creencia.

XXI.

María en el primer abrazo de su Hijo resucitado. — Preludios del gozo del cielo.

La primera de las apariciones de Cristo resucitado debió de ser para nuestra Madre y Señora. ¿Cómo podía negar este privilegio de amor á la que tan privilegiado lugar había tenido en la participación de sus dolores? Y si tan tierno estuvo el Señor con las mujeres y con los discípulos, hasta con los que le habían ofendido con su cobardía, ¿cuánto no debió de estarlo para con su dulce Madre, tan digna siempre de su predilección?

¡Almas cristianas! los gajes del amor son los dolores; pero no os asustéis, el bondadoso Dueño á quien

servimos cuida también lo suficiente de templarlos y contrapesarlos con regaladas dulzuras. Aquel céntuplo que promete el Señor á los que le sirven, junto con la vida eterna, dicen muchos expositores sagrados que es el galardón de los consuelos temporales que concede ya en este mundo á los que no rehuyen el padecer por su amor. Saben esto las almas fieles, y saborean frecuentemente las ignoradas dulzuras de este escondido maná. A los Mártires en sus torturas, á los penitentes en sus asperezas, á los misioneros en sus fatigas, á todas las almas verdaderamente fieles en sus luchas y contradicciones, hácese presente repetidas veces nuestro buen Dios por medio de interiores consolaciones que obligan á exclamar al corazón embriagado con ellas: «¡Cuán grande es, Señor, la

muchedumbre de los consuelos que guardas escondidos para los que te temen!» No las conoce ni las sospecha el mundo esas suavísimas intimidades del Esposo celestial. Mas no las desconocen, antes las sienten con inefable alegría, cuantos de veras se han dedicado algunos años al servicio de Dios.

Si te agobia, alma mía, alguna vez el peso de la cruz, confía en la Divina Bondad, que no tardará en hacértela más llevadera con el regalo de sus inefables abrazos, prenda y anticipación de los eternos que te reserva en el paraíso.

XXII.

María en la Ascensión del Señor.— Anhelos del cielo.

Cuarentà días después de la Resurrección verificóse la Ascensión de Cristo Señor nuestro á los cielos. María, con los Apóstoles, le vió alzarse triunfante por su propia virtud; abrirsè paso al través de las nubes, y esconderse tras ellas en gloria y majestad. ¡En pos de El volaba el Corazón de María!

La vida del cristiano no debe ser más que un anhelo continuo de los goces purísimos de la gloria. Nuestra conversación, dice el Apóstol, es ó debe ser de los cielos. Se comprende que traigamos ocupadas en lo terreno las manos, pues con ellas hemos de sostener acá nuestra vida mate-

rial, y que con el barro se nos enloden alguna vez los piés, ya que nuestro cuerpo ha de vivir sobre esta grosera materia. Pero el corazón como el fuego, debe tener hacia lo alto su centro de gravitación, y á lo alto aspirar, y en lo alto vivir, y sólo en lo alto buscar su definitivo descanso. Pensando en el cielo se templan todas las amarguras de la tierra; se encuentran despreciables, como son en sí, sus vanidades, risibles sus honores, de ninguna importancia sus rencores y amenazas. Pensando en el cielo es como se da á todo lo que no es del cielo su propio y verdadero valor. Crece y se agiganta el alma según son crecidos y agigantados estos sus pensamientos; así como, al revés, se empequeñece y anula según son ellos pequeños y de ruin y mezquina talla. Vivimos con el corazón

en el cielo, y nada veremos, en el mundo que nos fascina, sino vil y grosera materia, hasta casi indigna de servir de pavimento á nuestros piés. ¡Cuánto más de que se la tenga por único asunto de nuestros cuidados y de que se ponga en él, como en único verdadero tesoro, todo el corazón!

Recógete cada día, alma cristiana, á pensar, siquiera breves minutos, en el cielo que te aguarda, y experimentarás muy luego cuánto se te disminuyen todas las desazones y pesadumbres de esta vida mortal.

XXIII.

María esperando la Venida del Espíritu Santo.— Celo por la perfección del prójimo.

Después de la Ascensión del Señor recogiéronse los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén, para aguardar

en oración la Venida del Espíritu Santo que se les había prometido. María, que tenía ya en sí toda la plenitud de los divinos dones, encerróse, no obstante, con el Apostolado en aquel piadoso retiro, para unir á las de los discípulos sus oraciones.

Mucho debes trabajar, alma mía, por tu propia santificación, pero mucho puedes y mucho debes también interesarte y trabajar per la santificación de tus hermanos. «A cada cual ha dado Dios cargo de su prójimo,» dice el Apóstol; y esta expresión significa el deber del celo para la perfección en la virtud de las almas que por nosotros pueden ser ayudadas. María en el Cenáculo oraba, y con esta su oración alentaba y encendía la oración de aquellos discípulos, y la acompañaba hasta el trono del Eterno, y la ayudaba á lograr de la di-

vina misericordia el apetecido don. ¿Enseñas á orar á tus hermanos? ¿Oras al menos por ellos y por sus necesidades? Aunque no seas sacerdote ó Religioso, á quienes obliga de un modo especial á esa oración por los demás su profesión respectiva, puedes y debes en algunos casos, alma fervorosa, hacer lo que hacía en el Cenáculo con los Apóstoles allí reunidos la Madre de Dios. Véante, pues, tus prójimos en el templo piadosa y edificante; oigan de tus labios enseñanzas de perfección y vida interior; hállente siempre pronta en su auxilio, con el de tus oraciones, en todas sus necesidades, así espirituales como corporales. Es una de las mayores obras de misericordia rogar á Dios por los vivos y por los difuntos, y muy á menudo traemos olvidada esta obligación.

Por los vivos y por los muertos, por los justos y por los pecadores, por tus conocidos y por los que nunca has de conocer, por los que bien te quieren y por los que te quieren mal, ora frecuentemente, alma cristiana, y ora con celo y fervor.

XXIV.

María en el día de Pentecostés.— Alegría por los bienes ajenos.

En el gran día de Pentecostés descendió sobre los Apóstoles reunidos en Jerusalén el Espíritu Santo, llenándolos de sus dones, concediéndoles hablar diversas lenguas, trocando sus corazones de débiles en esforzados, y sus inteligencias de rudas en sabias, y sus labios de toscos en elocuentes. María tuvo gran regocijo viendo favorecidos con tan espléndi-

dos dones á los discípulos de su divino Hijo y Señor.

Espiritual alegría debes tener también, alma cristiana, cuando veas en tu prójimo gracias y mercedes del cielo que no tienes tú, y que él emplea para gloria de Dios y bien de su Santa Iglesia. No te tiente el demonio de la envidia, negra y baja pasión que hace entristecer por los bienes ajenos, y que es uno de los más graves pecados contra el Espíritu Santo. «¡Ojalá todos profetizasen!» exclamó Moisés viendo concedido del cielo el don de profecía á algunos de su pueblo, y respondiendo perfectamente á quien le refería esto como si redundase en menoscabo de su influencia y autoridad. Así debes exclamar tú. ¡Ojalá fuesen buenos todos y mucho mejores que yo! ¡Ojalá fuesen todos más sabios!

¡Ojalá todos más elocuentes! ¡Ojalá todos de gran valer y de espléndidas conquistas para la gloria de Dios! ¡Enviad, Señor, enviad soldados valerosos á vuestro ejército! ¡Enviad varones apostólicos, enviad santos!

Tiene, alma mía, en la vida común más aplicación de la que solemos creer esta doctrina. Frecuentes son, entre personas espirituales y dadas á Dios, celos y envidias, causa de rencillas y divisiones entre hermanos de una misma fe, y fuente en consecuencia de innumerables pecados. Hágase el bien, aunque no lo hagamos nosotros; crezcan nuestros hermanos y prosperen en sus obras santas, por más que nos deje Dios á nosotros y á los nuestros en oscuridad. María el día de Pentecostés vió levantarse del Cenáculo, sabios y elocuentes más que Ella, á los pobres pescadores á

quienes conoció antes tan rudos é ignorantes. Y se regocijó grandemente pensando en la gloria que de eso había de resultarle á Dios Nuestro Señor.

XXV.

María en la naciente Iglesia.— Ayudar á los principiantes en la virtud.

Del Cenáculo de Pentecostés y de las primeras predicaciones de los Apóstoles nació por aquellos días la Iglesia de Dios. Los convertidos fueron inmediatamente muchos, y asombraban al mundo con el buen olor de sus fervorosos ejemplos. María era el alma de aquella naciente sociedad. Al calor de sus brazos y al jugo de sus pechos, podemos decir, se amamantó aquella primera generación cristiana.

Seamos, como la Madre de Dios, ayos y protectores solícitos de los que dan sus primeros pasos en la virtud. De Job se escribe que entre las infinitas obras de caridad en que se ejercitaba para con sus prójimos, era la principal hacerse ojo para el ciego y pie para el cojo. Así debe ser el alma celosa de la gloria de Dios y del espiritual provecho de sus hermanos. ¡Cuántos de éstos hubieran tal vez crecido y desarrolládose en la fe y en as prácticas piadosas, si buenamente se hubiesen encontrado al emprender su camino con un amigo que les hubiese dado la mano y librado de tropezar, ó levantado de sus primeras caídas! ¡Bien hayan los que no pudiendo merecer en la Iglesia de Dios el dictado de apóstoles y doctores, se prestan humildemente á ejercer para con sus hermanos débiles lo

que llama el Apóstol oficio de ayos ó pedagogos! En todas partes se da campo abierto para esa acción, en el hogar doméstico, en los públicos concursos, en las escuelas y en los talleres, donde quiera que un alma puede influir sobre otra con su buen obrar ó con su buen hablar. María entre los primeros cristianos era el reflejo y el recuerdo constante de las enseñanzas de su Divino Jesús. El buen cristiano en medio del mundo puede serlo por medio de su acción y de su conversación perfectamente adecuadas á la norma evangélica.

¡Oh Reina de los Apóstoles y más apóstol Vos que todos ellos! alcanzad de Dios á los devotos vuestros y á mí muy en particular ese espíritu de ferviente y generoso apostolado.

XXVI.

María en las primeras persecuciones.—No temer la persecución.

Tras las primeras conquistas de la fe vinieron las primeras iras del infierno contra ella, y corrió la sangre de los primeros Mártires. Los Apóstoles fueron varias veces víctimas de las rencorosas vejaciones de los judíos, y después en diferentes lugares derramaron casi todos su sangre por Jesucristo. Esteban fué por igual causa apedreado. María daba valor á esos primeros atletas con su palabra y con su oración.

. El odio contra la verdad ha armado en todos tiempos el brazo de los malvados contra los seguidores de ella. «Todos los que quieran piadosamente vivir según Jesucristo, ha

dicho San Pablo, padecerán persecución.» Nuestro siglo ha visto correr sangre de cristianos por el solo delito de serlo, y nuestras infernales revoluciones han añadido no pocos de esos héroes al martirologio de los anteriores siglos. Mas, aun cuando á tanto no se llega, aun cuando no se extrema la vejación hasta el punto de herir y matar los cuerpos, es indudable que se ejerce con saña y crueldad bastantes para afligir más de una vez con verdadero martirio á los muchos fieles discípulos de Cristo en su fama, en su honra, en sus intereses, en su tranquilidad, en su porvenir y en el de sus familias. ¡Ay! acordaos en estos casos de que las primeras lágrimas y congojas de la persecución por causa de la fe fueron consoladas por María Santísima, que no sin razón se llama Reina de

los Mártires. Y desde entonces la devoción á María ha sido el consuelo de todos los oprimidos por causa de su Divino Hijo, en los diferentes formidables combates que por Él y por su fe se han sostenido hasta hoy en el mundo.

¡Oh Madre! ¡cuán necesitados estamos hoy de que socorra vuestro poder á los cristianos, en mil formas distintas fieramente perseguidos por el odio revolucionario! ¡Sednos, oh Madre, escudo de protección!

XXVII.

María en su ancianidad.—Preparación para la muerte.

La tradición nos dice que llegó María Santísima á muy avanzada edad, pues quiso el Señor dejarla mucho tiempo en la tierra para consuelo

de los primeros cristianos. La ancianidad de María era su completa sazón y madurez para el cielo, al que iba á ser trasladada ; y durante estos años postreros de su vida mortal su único suspiro era ya morir para más íntimamente unirse con su Dios y Señor.

Los años, oh cristiano, que Dios te concede en esta vida mortal debes considerarlos como breves momentos de preparación para aquel momento supremo del cual depende tu suerte definitiva por toda la eternidad. La vida para el hombre, y mucho más para el cristiano, no debe ser más que el aprendizaje de bien morir. La muerte siempre ante los ojos no hace triste y tediosa la vida, como presumen los mundanos; hácela, sí, seria, formal y de graves y elevados pensamientos. La balanza de la muerte es la más exacta para pesar con ella

todos los asuntos de la vida. Frívolos son y livianos los que ella declara tales, verdadera importancia y peso tienen aquellos á quienes ella se los da. Mas por esto mismo debe ser la muerte objeto de larga y detenida preparación. Si para algo es corta la vida del hombre, es para disponerla á viaje de tales consecuencias. En un instante se muere, pero en largos años tal vez no se aprende aún á bien morir. Sea éste, oh mortal, tu ejercicio de cada día. «Cada día muero,» decía un Santo; y éste es el medio más acertado de aprender á morir; ejercitarse á morir todos los días. Darle cada día voluntariamente al mundo la despedida que forzosamente tendremos que darle al fin. No traer pegada al cuerpo y menos al corazón, sino únicamente prendida con alfileres, la vestidura de que

en aquella hora violentamente se nos ha de despojar.

¡Cristiano! esa debe ser tu ciencia principal, esa la más ingeniosa de tus artes é industrias, y en que debes procurar salir perfectamente adiestrado.

XXVIII.

María en su Tránsito glorioso.— Perfecta unión con Dios.

Llegó entre tanto la hora suspirada. María, como hija de Adán, debía morir; pero su muerte fué apacible y suavísima, como hubiera sido la de todos los hombres á no haber contraído la primera culpa de aquel padre prevaricador. Su muerte no fué, pues, otra cosa que el suavísimo desprenderse su alma del cuerpo mortal para volar á la íntima unión con Dios.

Muere, alma mía, desde ahora á todo lo terreno, y únete desde ahora cuanto te sea posible con unión de verdadero afecto á tu Dios y Señor, para que sea perfecta un día esta tu unión con El al romperse los lazos que te tienen en este miserable cuerpo aprisionada. Bajo este punto de vista debes mirar la muerte, á fin de que no te sea espantosa, sino risueña y apacible su perspectiva. Así la miró María, y así la miraron los Santos, y viéronla venir con calma y sosiego; esperándola como se espera la visita de un buen amigo que nos viene á dar una fausta noticia. Observa á María en su lecho de muerte. Sobre su frente y sobre sus ojos diríase se reflejan ya anticipados los resplandores de la eternidad feliz. No merecemos tanta dicha nosotros, que no tuvimos en esta vida su inte-

gridad é inocencia; pero si lloramos arrepentidos, la misericordia de Dios guardará todavía inefables sonrisas para la hora de nuestra agonía. Vamos á poseer para siempre á Dios; vamos á vernos estrechados en su dulce abrazo, y ése eternamente, y sin temor de perderle ya más. Abrazo más estrecho entre el Criador y su criatura no existirá sino en la unión personal que tienen la naturaleza humana y la divina en el Verbo encarnado. Así me querrá Dios, y así me querrá para siempre, y así me tendrá eternamente unido á su dulcísimo Corazón.

Hagámonos dignos de una muerte dichosa que nos traslade, como á María, de las borrascas de este mundo al puerto seguro de aquella feliz y suspirada unión.

XXIX.

María en su Resurrección.—Nuestra carne glorificada.

No podía permitir el Eterno que la carne purísima de la que había tomado la suya para su encarnación el Verbo, pasase por la corrupción del sepulcro y aguardase en él la hora de la resurrección antes del universal juicio. Así, según pías y venerandas tradiciones, María resucitó como su Hijo Divino, al tercer día de su fallecimiento.

No al tercer día, pero sí un día, resucitarás tú, cristiano, y también á tu pobre carne reserva el Señor antes del universal juicio los resplandores de la resurrección. Sí, esta carne vil y miserable que te acompaña en el viaje de la vida, participará de la glorificación del alma justa, pues

participó de sus luchas y trabajos y la ayudó para su santificación. Respeta, pues, ese cuerpo grosero que un día será un cuerpo glorificado, pero respétale como se respeta al que se quiere bien, es decir, no permitiéndole encenagarse en los charcos del pecado, ni degradarse condescendiendo á ruines concupiscencias. Cuerpo es que ha de tener un día su trono en los cielos; bien puede tascar el freno durante su permanencia en la tierra, donde ha de granjearse méritos para esta tan preciosa herencia. Carne es, que un día ha de resplandecer como astro de maravillosa luz, á semejanza de Cristo y de su Madre resucitados: vergüenza sería, pues, permitirle se redujese durante esta su peregrinación á la ruin condición de las bestias. No llegaría á ocupar un lugar en la celestial jerarquía de

los Angeles, si acá no hubiese sabido vivir más que con los instintos de los brutos. No te aflija, pues, cuerpo mío, no te aflija la mortificación, aunque sea dura; no se te haga recia de llevar la cruz, aunque sea pesada. Mucho se puede y debe trabajar por lo que mucho vale, y sólo á ese precio compraron Cristo y su Madre las glorias de su triunfante Resurrección.

A ese precio làs quiero comprar yo desde hoy, Madre mía; alcanzadme fuerzas para reducir mi cuerpo á esa debida sujeción que puede merecerme tanta gloria.

XXX.

María en su Asunción á los cielos.— La dichosa eternidad.

En brazos de Angeles y sobre nevadas alas de Querubines es transportada en cuerpo y alma María á la

región feliz. Vedla ascender por los aires sobre este esplendoroso carro de victoria, dejando atrás, muy atrás, los profundos valles de la tierra donde tanto gimió. Desde aquel punto empieza para Ella la dichosa eternidad, que nunca jamás se acabará.

Tampoco se acabará para ti, alma mía: eterna será tu dicha en cuerpo y alma en el cielo, como la de la Madre de tu Dios. Gozarás allí de su presencia visible, que ahora sólo en retrato y figura contemplas en los altares, y el gozoso aleluya con que allí se le saluda de continuo no cesará ya más. Eterno tu gozo, eterna tu paz, eterno tu gozar de Dios. Esta sola consideración ha de hacerte llevaderos como leve paja todos los sacrificios, y viles como asquerosa basura todos los terrenos contentamientos. ¡Qué puede temer en el mundo y que

puede amar con él, quien está llamado á poseer eternamente la gloria de todo un Dios! Eternamente, pondéralo bien, alma mía; ¡pésalo y repítetelo para tu consuelo diferentes veces. Eternamente, eternamente. No cien años, ni mil años, no un millón de años, no un millón de siglos, no un millón de millones de siglos, sino eternamente, por toda la eternidad. Siempre, siempre, siempre, sin acabarse jamás. ¡Y por un grano de arena detendrías tus pasos á ese *siempre* dichosísimo! ¡Y por un átomo de polvo trocarías este patrimonio que te guarda tu Dios! Mira á esa luz lo que arriesgas, lo que malbaratas pecando; mira lo que aseguras y atesoras obedeciendo á la divina ley. Por terrenas recompensas, por humanas fortunas, se entregan los hombres á fatigosos quehaceres y arrostran inauditos pe-

ligros. ¿Y ninguna fatiga ha de arrostrar por hacerse con esta fortuna del cielo el cristiano á quien, bajo su palabra, se lo prometió su Dios?

Reflexiona, alma mía, algo aquí, y resuélvete á no perdonar fatiga ni sacrificio para asegurarte la posesión de esta feliz eternidad.

XXXI.

María en su trono de gloria.—Intercesión poderosa.

María reina en los cielos, en trono de luz superior al de todos los Santos, y sólo inferior al de la Trinidad Beatísima y al de la Humanidad Santa de su Divino Hijo. Ora allí é intercede por nosotros sus devotos, á fin de facilitarnos reinar en su compañía.

No se te haga difícil, alma mía, ni

creas imposible llegar al punto donde has visto llegar á la celestial Señora, y recorrer paso por paso los caminos que Ella recorrió. María no cesa de ayudarte desde el cielo, y su oración, poderosísima como de Reina y bondadosísima como de Madre, no cesa un momento de interceder por ti. No es el tesoro de las gracias, pero es su privilegiada Tesorera; no es la fuente, pero es el caño por donde se derraman del Corazón amorosísimo de su Hijo Jesús. Dada ha sido á los cristianos primeramente por ejemplo: después y para siempre por Abogada. Ama á sus hermanos, hijos de Adán como Ella, y no se olvida de los que dejó gimiendo y suspirando en el lugar que lo fué también un día de su destierro. Ama además á su Hijo, y quiere para El la mayor y más numerosa corona de bienaven-

turados. ¡Cuántos y cuán valiosos motivos para que sea constante y enérgica la intercesión de María por ti!

Hazte, pues, digno con tus obras de su soberana adopción. No todo el que dice solamente: ¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, ha dicho Jesucristo: lógico es, pues, deducir que no bastará clamar: ¡Señora! ¡Señora! para merecer su protección. Debe justificarse con la conducta obediente y reverencial el dictado de hijos con que nos honramos con respecto á María: otro modo de proceder sería irrisión y escarnio de su carácter de Madre. La ley de Dios y los ejemplos de María, he aquí la norma de vida que te ha de acreditar verdadero devoto suyo acá en vida y hacer eterno compañero suyo en la patria inmortal.

¡Alma mía! ¡Alma mía! Mira en los cielos á tu Madre que te aguarda, y te convida y te señala el camino para subir allá.

FLORES ESPIRITUALES

DE QUE PUEDE SORTEARSE UNA CADA DÍA PARA OFRECERLA COMO OBSEQUIO PARTICULAR DE MAYO Á LA MADRE DE DIOS.

1. Oir la Santa Misa por las almas del purgatorio.—2. La visita al Santísimo Sacramento por la conversión de los pecadores.—3. Privarse de un rato de recreo, como mortificación por los pecados veniales.—4. Guardar mayor recogimiento de lós ojos para honrar la modestia de María.—5.

Una parte del Santo Rosario por la libertad del Papa.—6. Tener silencio completo un par de horas pensando en la Pasión.—7. Privarse de un bocado ó bebida que guste, en memoria de la hiel y vinagre del Salvador.—8. Dar limosna á un pobre, economizándola de un objeto de lujo ó recreo.—9. Visitar á un enfermo necesitado, llevándole algún consuelo espiritual. — 10. Saludar á María cuantas veces diere el reloj.—11. Hacer un acto público de Religión de los que más repugnen á nuestro amor propio.—12. Otra parte del Santo Rosario por la destrucción de las sectas secretas.—13. Media hora de lectura espiritual.—14. Un ayuno ó abstinencia por nuestras culpas más graves. —15. El *Via Crucis*, con toda devoción por nuestros mayores enemigos —16. Visitar una imagen de la Vir-

gen en forma de romería.—17. Confesar y comulgar como si se recibiesen estos Sacramentos á la hora de la muerte.—18. Hacer un acto de perdón ó de amor á cualquiera que nos haya agraviado.—19. Rezar cinco *Credos,* teniendo los brazos en cruz, por la conversión de los blasfemos.—20. Otra parte del Santo Rosario para alcanzar la completa santificación de los días festivos.—21. Una visita al Señor Sacramentado por el fomento de las Misiones en países infieles. — 22. Siete *Padre nuestros* á los Dolores de María por los agonizantes.—23. Practicar una diligencia cualquiera para traer á buen camino á una persona apartada de Dios.—24. Dar un buen ejemplo público en reparación de los malos ejemplos que hayamos dado alguna vez.—25. Otra parte del Santo Rosa-

rio por la destrucción de las escuelas laicas.—26. Practicar fervorosamente la recomendación del alma como si estuviésemos en la agonía.—27. Ofrecer la Santa Misa y Comunión por el total restablecimiento de las Ordenes religiosas.—28. Guardar especial retiro todo el día como preparación para la muerte.—29. Advertir por caridad á un prójimo de un defecto en que acostumbre incurrir.—30. Pasar de rodillas un cuarto de hora rezando por el restablecimiento del Papa en su temporal soberanía.—31. Proponer hacer cada día el examen de conciencia, sobre todo de la falta más común en nosotros.

A. M. D. G.